

AUTOR DE *BEST SELLERS* EN LA LISTA DEL *NEW YORK TIMES*

TED DEKKER

TOSCA LEE



◊ Los libros de los mortales ◊

SOBERANO

Nueve años después de que Rom Sebastian fue empujado a las circunstancias más improbables como el héroe y portador de un secreto inimaginable, la alianza de sus seguidores está en caos. Una batalla colosal contra *La Orden* les ha dejado desbandados y profundamente divididos tanto en estrategia como en la determinación de llegar a convertirse en seres verdaderamente vivos y libres.

Solo quedan 36 seguidores realmente vivos que siguen siendo fieles a Rom. Esta pandilla en extinción tiene que luchar por sobrevivir mientras que *La Orden* está enfocada en su total aniquilación. Malentendidos y despreciados, su jornada será una de desesperación en contra de una nueva y mucho más malvada Orden. Mientras la mano de maldad se levanta para destruirles, ellos tienen que apoyarse en su fe de que el perdurable poder del amor los ayudará a vencer todo y los guiará a la soberanía.

Soberano continúa magistralmente la alegoría del nuevo testamento que se introdujo en *Prohibido* y que continuó en *Mortal*.

El comienzo

EN EL AÑO 2005 unos genetistas descubrieron el gen humano controlador de las formas tanto innatas como aprendidas del temor. Se le llamó estatmina u oncoproteína 18. En los quince años siguientes igualmente se identificó todo aquello que influye en la genética de las emociones principales.

Casi una década después, tras una catastrófica guerra que destruyó gran parte de la civilización, la humanidad juró abandonar toda emoción destructiva y entregarse a las normas de un nuevo Orden. Para este fin el primer soberano liberó un virus llamado Legión, el cual despojó genéticamente a un desprevenido mundo de toda emoción menos de una: el temor. A medida que la humanidad olvidaba la esperanza, el amor y la alegría, también dejaba atrás el odio, la malicia y la ira.

Durante casi quinientos años reinó una paz perfecta.

Sin embargo, una secta llamada los custodios guardó muy bien el terrible secreto de que toda alma en el planeta, aunque con total apariencia humana, en realidad estaba muerta. Durante siglos los custodios se aferraron tenazmente a la singular predicción de que el código viral introducido por Legión se revertiría finalmente en la sangre de un solo niño. La esperanza final de vida para la humanidad se hallaría en el hecho de que este niño ascendiera al poder. También pasaron de custodio en custodio un frasco sellado de sangre antigua con el poder de despertar a cinco almas que ayudarían a dicho niño y lo impulsarían hacia el poder.

En el año 471 nació en una familia real un chico llamado Jonathan en cuyas venas corría sangre verdadera. Su existencia fue celosamente protegida por un humilde artesano llamado Rom Sebastian junto con otras cuatro personas a quienes la sangre antigua del custodio había revivido, y después por mil doscientos nómadas que volvieron a la vida gracias a la sangre de Jonathan y que estaban dotados de sentidos enormemente superiores. Se llamaron mortales a sí mismos.

Al principio parecía que la sangre de Jonathan devolvería la vida a un mundo muerto a través de despertar la emoción y optimizar los sentidos. Estos mortales que siguieron y protegieron a Jonathan celebraban apasionadamente su recién descubierta vida, y estaban decididos a poner a Jonathan en el trono de soberano del poder mundial.

Desesperado por experimentar la misma clase de vida por medio de la alquimia, Saric se convirtió en el primer sangrenegra mediante el diseño del maestro alquimista Pravus. Lleno de ambición, odio y celos, Saric decidió eliminar del mundo a todos los mortales. Pero al final su media hermana, Feyn, quien una vez salvara la vida de Jonathan antes de convertirse en sangrenegra a manos de Saric, frustró los planes a todos. Abandonando tanto a Jonathan como a Saric, ella se apropió de su derecho al trono de soberana y comenzó a gobernar con puño de hierro. Traicionado así, Saric mató a Jonathan y luego desapareció en el desierto, despojado del poder.

Luego de su muerte, la sangre de Jonathan ya no producía las ventajas físicas que antes brindaba, ofreciendo a cambio una nueva conciencia de vida caracterizada por conocimiento y sabiduría en quienes se inyectaron en sus venas los últimos residuos de la sangre de él. Los pocos mortales que optaron por seguir las enseñanzas se cambiaron el nombre por el de soberanos. Están dirigidos por Rom

Sebastian y Jordin, la mujer que amó a Jonathan toda la vida.

Aquellos mortales que rechazaron la sangre de Jonathan después de que este muriera buscaron vidas considerablemente extendidas y una percepción sensorial intensificada, y se cambiaron el nombre por el de inmortales. Están dirigidos por el príncipe de los nómadas, Roland.

Han transcurrido seis años desde que los mortales se dividieran en soberanos e inmortales, y desde que Feyn comenzara su nefasto gobierno. Ella continúa su campaña de librar al mundo tanto de soberanos como de inmortales. Luego de ser sistemáticamente perseguidos y asesinados, solo quedan treinta y siete soberanos, ocultos debajo de la ciudad, donde viven en secreto.

Capítulo uno

JORDIN SE AGAZAPÓ ENCIMA de la bodega en el perímetro oriental de Bizancio; el cabello negro se le levantaba con la ráfaga de una tormenta venidera, y con la mirada exploraba las oscuras calles abajo en busca de alguna señal de Triphon. Solamente podía haber un motivo para que él dejara de vigilar en la puerta.

Sangrenegras. Huestes del infierno.

Más de ochenta mil de los sanguinarios guerreros acababan a través de la ciudad, protegiendo la Fortaleza desde donde su creadora, Feyn Cerelia, gobernaba al mundo con mano dura, decidida a librarlo de los de la clase de Jordin.

Sin duda Triphon había seguido el protocolo y había intentado alejar el peligro del banco de provisiones, uno de los pocos en los límites de la ciudad de donde los soberanos «prestaban» alimentos.

Relámpagos irregulares iluminaron el horizonte oriental, dejando al descubierto las bajas colinas apenas a cien metros de distancia. Más allá se extendía el desierto, hogar de los inmortales de Roland.

Inmortales. Rara vez los avistaban los de la clase de Jordin, y solo a distancia. Por cualquier juicio de valor, ellos eran letales tanto para los sangrenegras de Feyn como para los pocos soberanos que aún vivían. Fantasmas en la noche.

La mayoría de los mortales había rechazado contundentemente la súplica de Jordin de seguir a Jonathan en su muerte, y se había ido al norte con Roland, adoptando de modo desafiante la promesa de inmortalidad. Solo un pu-

ñado había permanecido para buscar nueva vida, nueva sabiduría, como soberanos.

Pero ahora, seis años después, esa vida casi se había erradicado por la guerra sangrienta entre los sangrenegras de Feyn y los inmortales, ninguno de los cuales mostraba ninguna clase de tolerancia para los soberanos. El amor desinteresado de Jonathan solo había generado odio y derramamiento implacable de sangre que había mantenido a Bizancio en sus garras durante el último año.

Solo treinta y siete soberanos aún respiraban, ocultos en las profundas y extensas cavernas debajo de Bizancio. Antes eran más de setecientos en número, ahora se habían reducido a un remanente en extrema necesidad de alimentos y pertrechos. Bajo perpetua amenaza de muerte, emergían encubiertos en la oscuridad y solo entonces en parejas. Ser atrapados estando solos era demasiado peligroso; más de dos presentaban la posibilidad de una pérdida demasiado grande si enfrentaban problemas.

Jordin se volvió y corrió agachada a lo largo del muro de hormigón de sesenta centímetros de ancho que bordeaba la parte superior del edificio, sin que sus botas con suela de caucho sonaran sobre el techo de asfalto. No había señales de Triphon, ningún otro sonido excepto los truenos que se agitaban hacia el este.

La joven examinó las calles hacia el sur. Vacías. Había un puesto de sangrenegras dos calles más allá, lejos de la línea de visión de ella, uno de los miles situados a lo largo de Bizancio.

Giró hacia el oeste. A ocho kilómetros de distancia las siniestras torres de la Fortaleza se elevaban sobre la ciudad. Círculos tremendamente fortificados de patrullas de sangrenegras se habían posicionado, saliendo de las edificaciones de la capital del mundo para proteger a Feyn de los ataques cada vez más agresivos de los inmortales de Roland. Pero los sangrenegras y los inmortales no eran la única preocupación de Jordin.

Más de dos millones de amomiados atiborraban la capital, cada uno de ellos leales al nuevo Orden de Feyn. Aunque los amomiados no poseían más emoción que el miedo, ese miedo incluía un terror santo a los de la clase de Jordin. Feyn se había encargado de eso. Y aunque los amomiados nunca levantarían una mano en señal de violencia, estaban prestos a reportar cualquier contacto con un soberano. A cualquiera que agarraran por no reportar a un soberano lo enviaban de inmediato a la Autoridad de Transición... a la muerte.

Ocultarse de dos millones de amomiados no era tarea fácil. Aunque los soberanos no parecían diferentes en apariencia a excepción de los ojos, los cuales se habían vuelto verdes brillantes, los amomiados podían olerlos. Al parecer, los de la clase de ella despedían el olor acre del incienso. Soberanos: Amaban a todos, pero nadie los amaba. Por otra parte, no tenían problema en amar a los sangrenegras con una espada. ¿No había hecho Jonathan lo mismo?

Jonathan. Jordin moriría por él sin pensarlo dos veces. Algunos decían que él estaba allá afuera esperando en la carne, otros afirmaban que solo existía en la sangre de los soberanos. Lo único que ella sabía con certeza era que los sentidos mortales expandidos que había perdido al volverse una soberana, sentidos que presumiblemente aún conservaban los inmortales de Roland, serían ahora mismo un regalo bien recibido. Con esos sentidos ella sabría la posición exacta de los sangrenegras más cercanos con solo oler el aire. Escucharía una riña en cualquier calle cercana... incluso una palabra susurrada desde cien metros.

En vez de la percepción mortal, los de su clase poseían el convencimiento de la verdadera vida y la precognición ocasional del futuro, lo cual, aunque intrigante, resultaba limitado: ellos solamente podían ver algunos segundos o minutos adelante, y aun entonces de forma irregular. La «vista», que se había convertido en la herencia de todos los soberanos, no se podía comparar con la fuerza bruta de los

sangrenegras ni con las asombrosas habilidades de los inmortales.

Sus enemigos los estaban cazando para extinguirlos.

Jordin recordó que ellos eran como estaban destinados a ser: transformados por la sangre de Jonathan. Esa fue la manera de Jonathan de brindar vida; cómo, aún no lo sabían. Pero había un profundo misterio en esa transformación, y se aferraban a ese misterio con reverencia junto con el conocimiento de que los soberanos eran como Jonathan en formas que los amomados ni los inmortales nunca podrían ser.

Ella sabía esto, pero no le impedía estar despierta en la noche, acosada por preguntas sin respuestas... preguntas que no podía expresar a nadie más que a Rom, y solo entonces cuando la frustración se le desbordaba. Ella dirigía a los soberanos, junto con Rom. Los demás no podían saber cuán profundamente sufría la joven. Ser soberana era estar rebotante de amor en un nuevo reino, así lo aseguraban todos. Jonathan lo había dicho. Pero decirlo no cambiaba la realidad de que vivían como ratas moribundas debajo de la ciudad, mientras sangrenegras e inmortales prosperaban bajo el sol.

¿Era posible lo que Roland dijera seis años atrás: que Jonathan los había abandonado a todos?

Jordin cerró los ojos y dejó que la horrible pregunta se le fuera de la mente. No. Ellos vivían para llevar la sangre de Jonathan a la tierra... un último vestigio de esperanza para un mundo repleto de muerte. Treinta y siete soberanos quedaban, y ahora parecía haber desaparecido uno más de ellos. No se podían permitir el lujo de perder otro, mucho menos uno de sus guerreros. Triphon era el único que podía empuñar un arma de manera tan eficaz como ella o Rom.

Un grito cortó la noche hacia el este, y Jordin dio media vuelta, con los oídos atentos. Había oído un grito seguido por un inconfundible gruñido.

Sangrenegras.

Jordin llegó a la escalera de incendios en tres rápidas zancadas, agarró la barra con la mano enguantada y lanzó las piernas por sobre el bajo muro perimetral. Sus pies aterrizaron en el quinto peldaño y descendió al vuelo. Solo medía un par de centímetros por sobre el metro cincuenta con botas puestas, y su cuerpo era más liviano que cualquiera de las grandes bolsas de arroz que había dejado en la entrada del almacén, pero su velocidad y habilidad compensaban su falta de peso en cualquier pelea.

Se soltó de la escalera desde tres metros, aterrizando suavemente sobre las puntas de los pies, y luego salió corriendo hacia el este a lo largo del muro sur, con el arco en la mano.

—¡Jordin!

La conocida voz de Triphon voló con el viento, inundando a la muchacha con adrenalina. Él la llamaría solo si su situación fuera tan grave como para arriesgarse a atraer sangrenegras.

Jordin rodeó el almacén hasta hallar un callejón vacío y luego voló por la estrecha vía. Detrás del último edificio la calle se ampliaba dentro de un terreno abierto que se extendía hacia las colinas. El hecho de que el grito de Triphon hubiera venido desde esta dirección solo significaba una cosa: al haberlo descubierto una patrulla itinerante, él los había llevado hacia el desierto. Los sangrenegras desconfiaban del desierto, no por la extensión de la tierra en sí sino porque los inmortales se materializaban en la oscuridad sin previo aviso. Estos se adueñaban de la noche con su visión singularmente aguda.

Pero esos mismos inmortales representaban una gran amenaza para Triphon.

Ella corrió más rápido.

Un pedacito de luna se asomó por debajo de las nubes sobre el horizonte oriental, dando a Jordin una clara vista

de la calle. La escena tomó forma en un abrir y cerrar de ojos.

Triphon, con la espada empuñada, se apoyaba de espaldas en una farola apagada. Se había vestido para la noche con pantalones negros, un abrigo corto y botas con suela de caucho iguales a las de Jordin. Tenía la capucha echada hacia atrás, y la escasa luz de la luna le iluminaba los ojos verdes y radiantes aun a cien pasos.

Siete sangrenegras lo cercaban, intrépidos a pesar de saber que seguramente algunos morirían. No eran estúpidos. Los soberanos quizás no tenían la genética superior de los sangrenegras, pero por la manera que Triphon sostenía la espada fácilmente en una mano, inclinada hacia el concreto, cualquiera podía ver que estaba entrenado en la forma nómada de los mortales... los mismos seiscientos mortales fuertes que seis años atrás habían permanecido firmes contra los doce mil sangrenegras de Saric.

Jordin había matado innumerables sangrenegras ese día; hoy, ella y Triphon podían encargarse de siete.

Todos por igual se elevaban casi treinta centímetros por sobre Triphon, creados como toros: músculo y fuerza. Pero se movían con asombrosa velocidad y lanzaban golpes como si estuvieran hechos de hierro. Cualquiera que fuera la alquimia que había creado tan fuertes especímenes de brutalidad, no podía deshacerse. No se les podía volver a la vida como amomiados comunes. La sangre soberana los mataba.

La mayoría aún usaba el cabello en rizados enmarañados, pero en los últimos años habían evolucionado. Sus retinas eran tan negras como sus pupilas, pero ahora estaban bordeadas de color dorado. Así de bien proporcionados, eran especímenes de perfección; esclavos leales, sus deseos insaciables mantenidos a raya solo por la misma Feyn. Se sabía que maltrataban a voluntad a los amomiados.

Aún no habían visto a Jordin. Ella se dejó caer sobre una rodilla, ensartó una flecha, y atrajo hacia sí la cuerda

del arco.

Los sangrenegras acosaban a Triphon, y el cabecilla dio un paso adelante, haciendo oscilar su pesada espada como si fuera una vara de madera de balsa. Sus confusas palabras estaban repletas de aspereza, y Jordin no podía entenderlas. Sin embargo, sí entendió la súbita aproximación de los dos guerreros a la izquierda del cabecilla.

Estaban dispuestos a matar.

Ella estabilizó la respiración y soltó la cuerda del arco. El viento se había calmado, y la flecha voló en línea recta. Se incrustó en la cabeza del cabecilla mientras la joven ensartaba rápidamente su segunda flecha.

El sangrenegra que recibió la saeta se tambaleó hacia atrás, lanzando un grito que paralizó momentáneamente a los otros. Triphon se movió mientras ellos desviaban la atención, arremetiendo contra el guerrero más cercano, levantando la espada hacia la barbilla del desprevenido sangrenegra.

Jordin envió otra flecha a un tercer guerrero y luego se puso de pie.

—¡Triphon!

Cuatro cabezas giraron ante la amenaza a sus espaldas. Sin detenerse, Triphon giró la espada hacia el estómago del quinto, falló, pero la incrustó en el hombro de uno de los que habían girado.

Otra flecha, enviada rápidamente al interior del grupo de sangrenegras, golpeó a uno de ellos en el costado. En el transcurso de diez segundos habían eliminado a tres y herido a dos más. Juntos habían luchado una vez al lado de Roland con gran precisión, antes de que el príncipe diera la espalda al legado de Jonathan.

La chica corrió a vertiginosa velocidad, poniéndose el arco en la espalda y sacando dos cuchillos mientras avanzaba. Sin cabecilla y aturdidos por tan letal ataque por detrás, de pronto los sangrenegras se vieron en desventaja.

Con un movimiento horizontal del brazo, ella lanzó la hoja de dieciocho centímetros que tenía en la mano derecha desde diez pasos de distancia, pero el sangrenegra al que había destinado la hoja le dio una manotada en el aire. Los tres guerreros restantes retrocedieron, más cautelosos ahora.

Tres contra dos... derribarían a esos demonios donde se hallaban. Correr más que ellos sería mucho más difícil, y no se podían arriesgar a llevarlos de vuelta a la caverna. Si Feyn supiera dónde vivían, todos serían aplastados en un solo golpe y no habría más sangre soberana.

—Los acabamos —expresó Jordin.

—Los acabamos —repitió Triphon esbozando una sonrisa.

El sangrenegra a la izquierda de Jordin asintió con la cabeza y se enderezó poco a poco. Una repugnante sonrisa se le extendió por el rostro.

—¿A todos nosotros?

—A todos ustedes —advirtió Jordin.

La mirada de la muchacha se elevó por sobre su hombro. Triphon comprendió, y niveló el rostro. Jordin lanzó una rápida mirada detrás de ella. Tres sangrenegras habían salido del mismo callejón por donde la joven viniera.

—Jordin...

Ella giró hacia atrás. Más. No menos de diez sangrenegras se habían aparecido en las esquinas de ambos edificios al final de la calle. Los tenían cercados, encerrados a ambos lados por muros de ladrillos, al frente y atrás por sangrenegras.

El corazón de Jordin se le subió a la garganta. Se movió hacia un lado, desaparecieron todos los pensamientos de una manera fácil. Una fresca ráfaga de viento levantó un polvoriento torbellino desde el montículo que había más allá de la calle. Si lograban llegar corriendo al desierto, quizás los sangrenegras no los seguirían. Pero atravesar la lí-

nea marchando hacia ellos sería difícil si no imposible: los atacantes eran cualquier cosa menos lentos.

—Lo siento, no oí tu respuesta —declaró el sangrenegra—. ¿Estás segura? ¿A todos nosotros?

Jonathan, ¿dónde estás ahora?

El sentimentalismo que acompañaba la pregunta se había vuelto más amargo que inquisitivo en los últimos tiempos. Pero ella no siempre necesitó a Jonathan para sobrevivir. Una vez había sido su guardiana, cuando su habilidad como luchadora no la había cuestionado ni siquiera el mismo Roland. Las venas de la joven se llenaron de nueva resolución, alimentadas por la ira. El afán que la consumía por seguir a Jonathan y por brindar vida *no* podía terminar aquí, independientemente de las posibilidades.

La espada de un sangrenegra muerto yacía en el suelo a pasos de distancia. Jordin aún tenía nueve flechas en la aljaba a su espalda. Dos cuchillos más estaban enfundados en sus muslos. Y si no se le presentaba ninguna vía de escape, allí estaba la espada.

La tranquila planificación que había servido a la chica tan bien al lado de Roland se le fue por un instante mientras una imagen le llenaba la mente: Jonathan con los brazos extendidos, gritando a Saric que lo matara mientras Jordin chillaba, impotente, desde el precipicio en lo alto. La hoja de Saric arqueándose dentro del pecho del único hombre al que alguna vez ella había amado, antes o desde entonces.

Tragó saliva, tenía la boca seca. ¿Era este también su destino?

Pues que así sea.

Giró el cuchillo que tenía oculto en la mano izquierda y lo observó clavarse profundamente en el ojo del sangrenegra que había hablado. La sonrisa le explotó en un chorro de sangre. Gritando a todo pulmón, la chica agarró arco y flecha de su espalda.

El rugido de Triphon se unió al grito de Jordin, y voló hacia los sangrenegras que lo habían atacado primero. Ella volteó a mirar a los recién llegados, se dejó caer en una rodilla, ensartó una flecha, y la clavó en uno de los tres que ahora corrían desde la misma dirección por donde la joven había venido. Una segunda y una tercera flecha, en veloz sucesión.

Las flechas encontraron cuerpos, pero no derribaron a dos de los sangrenegras.

Jordin enfrentaba una decisión crítica. Tendrían que separar a los sangrenegras... rodeados no tenían ninguna oportunidad. Ella tendría que tratar con los dos que se le acercaban por detrás, pero también tenía que hallar una manera de pasar la línea detrás de Triphon.

Hizo volar una última flecha hacia los dos sangrenegras que iban tras ella, extrayendo ya sus hojas. Parecían totalmente ajenos a la amenaza de muerte... ¿qué era la muerte para los muertos?

Sin esperar a ver que su flecha diera en el blanco, Jordin giró y se puso de pie. Le quedaban cinco flechas.

Tensó una sobre la marcha y comenzó a avanzar, curvando a la izquierda. Triphon había derribado a uno de los dos sangrenegras que enfrentaba y arremetía contra el otro como un toro. Si Jordin lograba atravesar la línea de sangrenegras entre ellos y el desierto más allá, obligándolos a entrar en dos frentes, aún tendrían una oportunidad.

Los diez adversarios se habían convertido en doce, todos veloces a cincuenta pasos de distancia y acercándose, menos en la izquierda que en la derecha.

—¡Sepáralos! —gritó ella y salió corriendo hacia delante, disparando mientras corría. Envió sin precisión cuatro flechas hacia los tres guerreros más lejos a la izquierda, preocupándose solo de detenerlos lo suficiente para superarlos.

Le quedaba una flecha. Se colocó el arco en la espalda y corrió a toda velocidad hacia los dos que se movían tor-